José J. Cadenas

Aurelio Varela

Las Violetas

BOCETO DE COMEDIA



MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.º

1900



A mi buen amigo Bar-
tual.
Recuerdo cariñoso de

Aurelio Varela

LAS VIOLETAS

0/3/901

LAS VIOLETAS

BOCETO DE COMEDIA EN UN ACTO

INSPIRADO EN UNA OBRA ITALIANA

EN VERSO DE

JOSÉ J. CADENAS y AURELIO VARELA

Estrenado con gran éxito en el TEATRO CÓMICO, de Madrid, la noche del 8 Noviembre de 1900

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1900

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ROSA	Srta.	Loreto Prado.
MELCHOR	Sr.	Chicote.
ARTURO		Rodríguez.
MANOLO		Nart.

1 ½ pesetas

ÉPOCA ACTUAL

A nuestro querido amigo

Luis Larra

Los Autores.

Dos palabras á Enrique Chicote

Si noséotros hubiésemos dudado algún momento de tu amistad, el interés y el cariño con que has hecho esta obrita hubiera venido á probarnos que de verdad eres amigo nuestro.

Y nosotros debemos darte gracias, así como á la sin igual Loreto, que estuvo verdaderamente admirable, sin que nos olvidemos de Rodríguez y de Nart, los cuales demostraron ser dos artistas.

?



C. r.

ACTO ÚNICO

Escena dividida en dos partes, formando dos habitaciones, que se comunican por medio de una puerta que está siempre cerrada. Cuídese que el muro divisorio no avance mucho, á fin de que las dos partes de la escena puedan ser vistas á un tiempo mismo. La habitación de la izquierda es un cuartito de costura con muebles adecuados: la habitación de la derecha es una especie de despacho. Muebles, mesa, sillas, butacas. Puertas laterales. Ventanas en el fondo. La de la habitación de la izquierda, abierta, con una persiana que juega, y rodeado el alfeizar de tiestos. También dentro de la habitación habrá algunas macetas. Un piano. Mucha alegría, contrastando con la tristeza de la otra habitación.

ESCENA PRIMERA

ROSA, MELCHOR y ARTURO. Rosa sentada en la silla baja de bordar, bordando y dirigiendo miradas y sonrisas á alguien que se supone está en la casa de enfrente. Melchor y Arturo en la habitación de la derecha. Melchor atisbando por la puerta lo que hace Rosa. Arturo preguntando impaciente

ROSA (Cantando.)
Un rubio sus ojos
de azul como el cielo
me presta consuelo,
etc., etc.

ART. Pero, ¿se puede saber?

MEL. ¡Chist!... ¡Cállate!

ART. ¡Qué tormento!

MEL. ¡Calla!... ¡No seas pesado!
ART. Pero...
MEL. ¡Silencio! ¡Silencio!
(Breve pausa. Rosa se levanta, coge una regaderita pequeña, y después de enviar una expresiva sonrisa por la ventana, hace mutis por derecha.)

ESCENA II

MELCHOR y ARTURO

MEL. (Separándose de su observatorio.)
Perdóname, Arturo. Estaba
resucitando un recuerdo,
haciendo una observación.
ART. ¡Bah! Tú estás loco.
MEL. No quiero
que tan deprisa me juzgues,
y te voy á hablar en serio.
ART. Veamos.
MEL.. No tiene duda
para mí que el mundo entero
está eternamente á leyes
matemáticas sujeto.
Todo cuanto ha sucedido
vuelve á repetirse luego.
Heredamos las costumbres,
heredamos los defectos,
las líneas de nuestro rostro,
carácter, temperamento...
¡Hasta los vicios! Y es claro
que muchas veces creemos
que, al resolver un asunto,
obramos sólo por nuestro
propio impulso libremente,
y resulta que no es cierto.
(Sentenciosamente.)
Veinte años antes, ó un siglo,
nuestro padre ó nuestro abuelo,
al encontrarse en iguales
circunstancias resolvieron
sin duda del mismo modo.

ART. No estoy conforme.

MEL. Lo siento,
y voy, para convencerte,
á darte una prueba de ello.
(Llevando á Arturo hacia la ventana y accionando como indica el diálogo.)
Ven aquí... acércate... ¿Ves
aquella casa?

ART. Sí.

MEL. Quiero
que te fijes. La que cae
frente á esta... (Por la ventana centro.)

ART. Ya la veo.
(Al llegar aquí, Arturo principia á demostrar su emoción á medida que avanza el diálogo. Esto, naturalmente, queda á la discreción del actor encargado de este papel.)

MEL. Pues bien .. Hace muchos años
un jovencito moreno
ocupaba la ventana
de aquella casa. En el hueco
de esta otra solía estar
largos ratos en silencio
una linda jovencita.
La joven...

ART. Sí .. sí. Fué luego
tu mujer.

MEL. El hombre...

ART. Eras
tú, ¿no es verdad?

MEL. Es muy cierto.
Hoy, después de tantos años,
querido Arturo, en los huecos
de las dos mismas ventanas
se viene reproduciendo
la misma escena... la misma.

ART. ¿Sí?

MEL. Y es curiosa en extremo.
Tanto, que esa escena trae
á mi memoria el recuerdo
del más juvenil idilio
de mi amor... ¡Pobre Consuelo!
¿Tú eras ya su amigo cuando
estaba soltera, es cierto?

ART. (Con emoción reprimida.)
Sí... ¡Como hermano! Tendría,
sobre poco más ó menos,
la misma edad que ahora cuenta
tu hija, cuando...

MEL. Y estás viendo
que acaso dos gotas de agua
se parecerían menos.
¡Son exactas hija y madre!

ART. (¡Parece que la estoy viendo!)

MEL. La primera vez que en ella
me fijé, fué en este tiempo.
Era una alegre mañana
de Mayo. Estaba leyendo
allí, tras de la persiana.
Ella apareció un momento
en la ventana de enfrente,
regando alegre sus tiestos.
De pronto saltó en sus brazos
un lindo gatito negro;
ella le cogió mimosa,
le acarició sonriendo,
dirigió hacia mí la vista
y dió á su gatito un beso.
Días después funcionaba
de uno á otro lado un telégrafo
de flores, canciones, músicas
y sonrisas. Por ejemplo:
Una maceta de rosas
puesta en el lado derecho
de la ventana, quería
decir: «Salgo de paseo.»
Si colocaba una planta
de nardos al lado izquierdo,
era decirme: «No esperes,
que no voy.» Y si en flamenco
me cantaba una guajira:
«A la tarde, en Recoletos.»
Y, por fin, cuando tocaba
la Marcha Real con un dedo,
era decirme: «Esta noche
voy al teatro.»

ART. Ya veo
que érais ingeniosos.

(Al llegar aquí aparece Rosa, dirigiéndose á la ventana, sentándose luego al piano para tocar cuando se indique.)

MEL. ¡Oh!
¡Dulcísimos recuerdos!
Un año después...

ART. ¡No sigas!

MEL. Nos casamos.
(Suena la Marcha Real.)
¡Eh! .. ¿Qué es eso?
¡La Marcha!... ¡La Marcha Real!
(Mutis de Rosa después de hacer una coquetería en la ventana.)
¿Oyes? .. Ahora que me acuerdo...
Es una señal. . Es Rosa.

ART. ¡Qué dices!... ¿Pero eso es cierto?

MEL. Sí... La prometí llevarla
al teatro... ¡Es Rosa! Los hechos
de nuestra vida, que al cabo
se repiten con el tiempo.

ART. ¿Y tú accedes?

MEL. ¿Quién impide
que la rosa abra sus pétalos,
ni que un alma juvenil
se abra al amor, cuando el cielo,
al llegar la Primavera,
manda con sus auras besos?

ART. Ilusiones...

MEL. Mi hija adora,
como yo adoré á Consuelo,
á ese joven, del que ya
me he informado... ¡Es un soberbio
partido! No es elegante,
y usa unas corbatas... Pero,
mira tú que coincidencia.
También yo en aquellos tiempos...

ART. (Interrumpiendo.)
Usabas unas corbatas,
lo sé, que metían miedo.

MEL. En cambio, es muy estudioso.

ART. Como tú.

MEL. Juicioso, bueno;
y mi hija sólo le quiere,
lo mismo que á mí Consuelo,

por sus bellas cualidades,
por su porvenir risueño...
Es la misma historia... ¡Sí!
La misma.

Art. (Nada más cierto.)

Mel. Vengo observando este idilio
casi desde sus comienzos.
Anteayer precisamente
él estaba allí leyendo;
ella, sobre la labor,
juiciosa, bordaba; pero
allá iban de vez en cuando
miradas, sonrisas... Luego
se levantó ella un instante,
cambió de lugar un tiesto
de claveles... ¡Oh! Sin duda
era una señal aquello.
De pronto saltó en los brazos
de Rosa un gatito negro.
Le mimó, le acarició
dulcemente, y sonriendo
al joven de la ventana,
puso en el gatito un beso.
Yo me contuve, pues quise
gritar: ¡Consuelo! ¡Consuelo!
Sí, amigo, sí. . Yo te juro
que era ella en aquel momento.
Es verdad...

Art. Bien... pero deja
que duerman en paz los muertos.

Mel. No; quiero seguir contándote
escenas, detalles, hechos
de los que uno solamente
aún sigue siendo un misterio.

Art. No te preocupes.

Mel. Fué
muy extraño. Recuerdo
que una mañana mi novia,
el coloquio interrumpiendo,
de un modo brusco bajó
la persiana; sí... por eso
yo siempre tuve el capricho
de saber por qué fué aquello.
Repetidas veces quise

interrogar á Consuelo,
mas fué en vano, nunca ella
me esclareció aquel misterio.
¿Por qué corrió la persiana?

ART. (Azorado.)
No sé.

MEL. Es extraño.
(Arturo va á contestar, pero al sentirse las risas de Manolo y Rosa, Melchor dice:)
¡Silencio!

ESCENA III

DICHOS, ROSA y MANOLO. Los dos por derecha. Manolo saca en la mano una regaderita. Toda la conversación de los jóvenes ha de ser viva y alegre

ROSA (Dentro.)
No... Por aquí... por aquí.
Adelante, caballero.
(Melchor observa desde la puerta centro.)

MAN. (Saliendo con Rosa.)
¿Has visto á mi padre?

ART. ¡Mi hijo!

ROSA Debe de estar por ahí dentro
con el mío. Siempre están
estudiando.

MAN. (Regando los tiestos colocados dentro de la habitación.)
Eso es muy bueno.
Dejémosles, pues, que estudien,
porque, según los maestros,
el estudio es la más noble
ocupación. Mira, tengo
una idea.

ROSA ¿Sí?

MAN. El estudio
es el riego del cerebro,
como el agua el de las flores.
(Dejando la regadera.)
Es bonito pensamiento,
¿verdad?... Pues se me ha ocurrido

así, de repente... Y luego
me llamen los catedráticos
holgazán.

ART. Pero, ¿qué es esto?
Aquel joven y mi hijo.
Luego son dos los ..

MEL. (Que no quiere perder nada del diálogo de los chicos.)
¡Silencio!
¡Déjame!

ROSA ¿Y á qué se debe
esta visita?... No acierto
á explicarme por qué causa
vienes hoy á caer enmedio
de mis flores. .

MAN. ¿Y te asombra?

ROSA ¡Vaya!

MAN. No es ningún misterio.
Mi catedrático ayer
tuvo, y yo se lo agradezco,
la ocurrencia de avisarme
que hoy mismo, sin ir más lejos,
me pensaba preguntar
la lección... Y nada menos
que sobre las escrituras
hipotecarias

ROSA ¿Sí?

MAN. Pero,
¿qué sé yo de la hipoteca?
Y para matar el tiempo,
en vez de acudir á clase
he venido aquí

ART. (A Melchor, que sigue siempre en su observatorio.)
Ya veo
que á tu hija le gustan los
chicos estudiosos.

MEL. Eso
es que bromean.

ROSA Entonces,
tu visita se la debo...

MAN. A mi profesor.

ROSA ¡Ah, vamos!
Pues ya no te la agradezco.

MAN. Y á mi deseo de verte.
¡Monísima!

ROSA — Ya te entiendo.
Trae la regadera.

MAN. — No.
(Cogiendo otra vez la regadera y volviendo á regar las plantas colocadas dentro de la habitación.)
Yo las regaré.

ROSA — Esas, bueno.
(Cogiéndole la regadera.)
Pero estas de la ventana
no puede ser.

MAN. — ¿Cómo es eso?

ROSA — Estas flores no conocen
á nadie más que á mí

MAN. — Pero..

ROSA — (Regando los tiestos de la ventana.)
Déjame... ¿Ves?

MAN. — (Pasando levemente el brazo por la cintura de Rosa.)
¡Ah!... Muy bien.
No me parece mal.

ROSA — (Incorporándose rápidamente y dejando la regadera.)
¡Quieto
con las manos! . ¡Atrevido!

MEL. — (Que naturalmente no ve á los chicos por la situación de estos cerca de la ventana. A Arturo.)
¿Oyes? ¿Qué es lo que habrá hecho?

ROSA — (Con mimo.) ¡Tonto!

ART. — No temas... Ya ves
(Con voz tranquila á Melchor.)
le llama tonto.

MAN. — (Señalando un tiesto de violetas colocado dentro de la habitación aunque cerca de la ventana.)
¡Qué tiesto
tan bonito!

ROSA — Son violetas
por las que yo amante siento
predilección. Estas flores
fueron siempre el embeleso
de mi pobre madre. Y mira
si es raro En el cementerio
en la tumba de mamá
sin saber quien la había puesto,
vimos papá y yo una planta
de estas flores.

ART. — (Muy emocionado.) (¡Qué recuerdo!)

ROSA Y aunque hemos averiguado,
nunca pudimos saberlo,

MAN. Alguna mano ignorada.

ROSA Quizá algún pobre de aquellos
que ella socorrió. ¡Como era
tan buena!

ART. (Queriendo arrancar á Melchor de su observatorio.)
¡Ven!... ¡Te lo ruego!
¡Vámonos!

MEL. ¡No!... ¡Déjame!

MAN. Dame ese ramito.

ROSA Eso
estoy pensando El más lindo.
Por tu carita... ¿Y tú has hecho
algo para merecerle?
A ver... dime tú, ¿qué méritos
tienes?

MAN. Muchos. He pensado
en tí la mar.

ROSA ¡Embustero!
¡Decir que has pensado en mí!
¡Júralo!

MAN. ¡Lo juro!

ROSA Bueno,
juramento falso.

MAN. No:
yo te juro que no miento.
Anda dame ese ramito.

ROSA ¿Y á quién piensas ofrecérselo?

MAN. A nadie.

ROSA (Arrancando el ramito de violetas y colocándoselo á Manolo en el ojal.)
Pues ven aquí.

MAN. ¡Ay, cuánto te lo agradezco!

ROSA Verás... así .. en el ojal.

MAN. (Queriendo aprovecharse de la situación para abrazar levemente á Rosa.)
Así... así...

ROSA ¡Estate quieto!

MAN. Mujer, si no te hago nada.
¡Ay, Rosa!

ROSA ¡Qué!

MAN. Que te quiero
muchísimo.

ROSA Y yo á tí no.
MEL. ¡Muy bien contestado!
ROSA Bueno.
Ahora á estudiar la hipoteca.
Lo mando yo.
(En este momento mira Rosa disimuladamente por la ventana y dice con visible turbación.)
¡El!
MAN. ¿Qué es eso?
ROSA ¡Nada!
MAN. (Dirigiéndose hacia la ventana.)
A ver.
ROSA (Impidiéndoselo.)
¡Quieto te digo!
¡Quieto!
MAN. (Parándose.)
¡Hija, si no me muevo!
ART. ¿Ves?... Estaban bromeando.
(Melchor sonríe. En este momento Rosa baja la persiana, sacando al mismo tiempo la mano como haciendo una señal al novio para que espere.)
MEL. (Transición en Melchor.)
¡Baja la persiana! ¡Cielos!
ART. ¡Anda!... ¡Vámonos!
MEL. ¡No! ¡No!
MAN. ¿Por qué cierras?
ROSA ¿Por qué cierro?
Porque nos ve.
MAN. ¿Nos ve? ¿Quién?
ROSA (Haciendo mirar á Manolo por detrás de la persiana.)
Mira... ¿Ves?
MAN. ¿Aquel mostrenco?
(Melchor da señales de ira reprimida cada vez que Manolo dice un insulto del novio de Rosa. Arturo demuestra contrariedad y disgusto.)
¡Qué tipo!... ¡Tan chiquitín!
¡Ay, qué gracia tiene!... Y menos
mal que es elegante... ¡Y vaya
qué corbatita.!
ROSA No quiero
que te burles de él.
MAN. (Retirándose.) ¿Por qué?
ROSA Pues, porque no... ¡Pobre Pedro!
¡El, que es un santo!

MAN. ¡Ah! ¿Se llama
Perico?
ROSA Sí.
MAN. Será bueno.
Con ese tipo y con esa
corbata no hay más remedio
que llamarse así á la fuerza.
¡Qué cara tiene de memo!
ROSA ¿Y qué culpa tiene el pobre?
¡Es tan amable!... ¡Tan serio!
¡Y me quiere tanto!... Sí...
me quiere.
MAN. Pues vaya un mérito.
ROSA Se está allí las horas muertas,
con el libro así, muy quieto,
sin quitarse mientras yo
no se lo mando.
MAN. ¡Ah! ¿Y eso
te divierte?
ROSA Mucho, mucho.
MAN. Pues entonces no comprendo
por qué cierras. Se irá ahora
y adiós tu entretenimiento.
ROSA No se va; le he ordenado
que se quede.
MAN. ¿Y cuándo has hecho
eso?.. ¿De qué modo?...
ROSA (Imitando la señal con la mano.)
Así,
antes de cerrar.
MAN. ¡Ah! ¿luego
os hablais por señas?... ¡Rosa!
ROSA ¿Quieres verle qué contento
se pone?
(Saludando al novio desde la ventana.)
MEL. ¡Lo mismo que ella!
Lo mismo que ella!... ¡Oh, Consuelo!
ART. ¡Ven!... ¡Anda, vente!
MEL. ¡No!... ¡No!
Deja... ¡No puedo!... ¡No puedo!
ROSA Me vió y devuelve el saludo.
¿Le ves?
MAN. ¡Mándale á paseo!
ROSA Claro está... ¡No!

MAN. Haz una cosa.
Sube de pronto un momento
la persiana y que nos vea
muy juntitos y riendo,
verás qué cara nos pone.
Anda .. verás.

ROSA ¡Ya lo creo!

MAN. ¿Por qué no?

ROSA Pues, porque no
quiero disgustarle. Eso
es una barbaridad
Si nos viera juntos Pedro...
¡Pues adiós!...

MAN. ¡Rosita!...

ROSA ¿Qué?

MAN. Nada, que no te comprendo.
¿Será posible que tú
quieras á ese majadero?

ROSA Te he dicho que no le insultes,
conque guarda más respetos
á mi marido.

MAN. ¿Qué dices?
¡Tu marido!

ROSA Con el tiempo
lo será. Conque, ya sabes.

MAN. ¿Pero tú has pensado en serio
casarte con ese tipo
que apenas se llama Pedro?

ROSA ¿Y qué? Ya ves, mi mamá
no podía sufrir esos
nombres vulgares tampoco;
no le gustaban, y luego
se casó con mi papá
que se llama Melchor.

ART. ¡Bueno!
¡Vamos!

MEL. (Sin hacer caso de Arturo.)
¡Lo mismo!... ¡Lo mismo!

ART. (Con decisión al ver que es imposible arrancar á Melchor de su observatorio.)
Que se vayan al infierno
tu atavismo, esa coqueta
y ese grandísimo necio.
¡Ah!... Y mi hijo me va á oír.
Te lo juro.

MAN. Según eso,
si ese joven es tu esposo,
¿yo que soy?
ROSA ¿Tú?.. No eres bueno.
Tú para marido... El sí.
Mírale. Siempre leyendo...
Trabajador, estudioso,
me quiere... tiene talento.
Estudia siempre. de fijo
ganará mucho dinero.
Me hará su esposa y después,
como es así el pobre Pedro
y me quiere mucho, es claro,
me comprará todo aquello
que yo quiera, y siempre hará
lo que yo le ordene... ¡Créelo!
Porque sabe mucho y es
un santo. Tú no eres bueno
para marido. No... no.
Tú eres así, bullanguero,
alegre... despreocupado,
no estudias... no tienes tiempo
nunca para trabajar.
Si nos casáramos, creo
que viviríamos pobres
y muy mal y descontentos.
¡Oh, no... no. Tú no eres un
buen marido. Tú no eres eso...
Manolo... Manolo á secas.
MAN. ¿Y si yo estudiara?
ROSA ¡Menos!
Si estudiaras no serías
el mismo. Tú formal... serio,
no me gustarías ya.
Me gustas así... ligero,
superficial... como eres...
alocado.. Y en fin, tengo
la seguridad que tú,
si ves que yo no te quiero
y no me caso contigo,
no te mueres... ¡Ya lo creo!
De sobra lo sé... ¿Lo ves?
Te lo he dicho y no te has muerto.
MAN. ¡Rosa!

ROSA No... Tú no te mueres.
El sí.. El sí... ¡Pobre Pedro!
Se moriría de pena.
Me lo ha escrito en unos versos.
¡Pobrecito! .. ¿Por qué había
de matarle yo?

MAN. (Con ira.) ¡Es muy cierto!
¡Está bien!... ¡Hazle vivir!
¡Adiós!

ROSA (Con mimo.) ¿Me dejas?... No quiero
que te vayas de ese modo
ni te incomodes por eso.
Sé razonable. . Seamos
buenos amigos . Sí... buenos
amigos toda la vida.
¡Yo como amigo te quiero!
¡Te quiero mucho también!

MAN. Eres un ángel... Accedo
con una condición. .

ROSA Dila
y aceptada desde luego.

MAN. Dame un abrazo que sea
de nuestra amistad el sello.

ROSA (Dejándose abrazar levemente.)
Pero uno solo, uno solo
y pequeño.. muy pequeño.
Ya no estás incomodado,
¿verdad? Dime... ¿Estás contento?
Ahora vete.

MAN. Sí... Me voy.
(Haciendo medio mutis. Al novio por la ventana.)
¡Tipo!... ¡Cursi! .. ¡Majadero!
¡Me las pagarás!

ROSA Anda, hombre.

MAN. Ya voy... Otro abrazo.

ROSA Quieto.
Dos son ya demasiado.
¡Nada de eso!... ¡Nada de eso!

(Mutis de Manolo por el foro. En el momento, Rosa corre á la ventana, levantando apresuradamente la persiana y repitiendo la mímica de amor con el novio, que se supone que está enfrente. En seguida hace mutis por el foro.)

ESCENA IV

MELCHOR y ARTURO. Al hacer Rosa el mutis, Melchor se separa de la puerta de comunicación pálido, desencajado, tambaleándose, déjase caer en una butaca, colocada en el centro de la habitación

MEL. Pero, ¿en esta casa?... ¿Aquí?
¿Quién entraba? ¿Quién?
(De pronto se levanta y dirige la vista, con expresión interrogadora, á Arturo, que conmovido le está contemplando con tristeza. Arturo, inclina lentamente la cabeza sobre el pecho. Melchor se dirige hacia él con los puños crispados y en actitud amenazadora.)
¡Tú!... ¡Sí!
(Al llegar frente á Arturo; los dos hombres se miran cara á cara. Melchor alza los puños, pero de repente se detiene, y, vencido por el dolor, se deja caer en la butaca, cubriéndose el rostro con las manos.)

ART. (Triste, silencioso, contempla la actitud de Melchor. No se ha movido del lugar donde estaba, ni aun cuando avanzó hacia él Melchor en actitud amenazadora. Al ver sollozar á Melchor, se dirige hacia él, pero se detiene repentinamente como si vacilara. Enjúgase el sudor de la frente, y por fin, decidido, saca de la cartera un papel arrugado, amarillento, y acercándose despacio á Melchor, apóyase en el respaldo de la butaca y comienza á leer en voz baja y conmovida la siguiente carta:)
«Mi muy querido Arturo: Ríe si quieres,
di que soy la más loca de las mujeres...
Todo cuanto me digas lo he merecido ..
Estoy enamorada de mi marido.»
(Melchor levanta la cabeza y sigue la lectura con atención creciente.)
«Melchor es otro hombre completamente
distinto. Tan cambiado. Tan diferente.
El amor que me tiene le ha transformado
de tal modo, que siempre que está á mi lado
tan amante y rendido... créeme, siento
en mi alma un extraño remordimiento
por aquellas bromitas que una mañana
gastamos á su costa tras la persiana.

Melchor antes me daba risa, y ahora
no he de ocultarte, Arturo, que me enamora,
y he de hacer cuanto pueda porque mi esposo
viva siempre contento, siempre dichoso.
He roto sus corbatas, y en adelante
se pondrá la que sea más elegante,
que es hacerle dichoso mi único anhelo.
Adiós... adiós y olvídame.»

MEL. ¡Sigue!

ART. «Consuelo.»

MEL. (Impetuosamente.)
¡La fecha!... ¡La fecha!

ART. Era
antes de casaros, pues
desde entonces, ya lo ves,
¡ni una sola vez siquiera
puse en tu casa los pies!

MEL. Pero, ¿y antes?

ART. ¿Antes?

MEL. (Furioso.) ¡Sí!

ART. (Con mucha calma y señalando la habitación de Rosa.)
Ya lo has visto... Como ahí
Todo fué igual.

MEL. (Contentísimo.) ¡Qué alegría!
(Apretando con efusión la mano de Arturo.)
¡Oh, gracias!
(Elevando los ojos al cielo.)
¡Consuelo mía!

ART. Gracias, sí... ¡Las merecí!

MEL. (Dudando aún.)
¿Tú luego, no la has hablado?
(Arturo niega con la cabeza.)
¿Jamás te la has encontrado?
(Arturo repite la negativa.)
¿Nunca .. nunca te escribió?

ART. ¡Ah!... ¡Sí!

MEL. (Vivamente.) ¿Cuándo?

ART. ¡Eh!... Pero, ¿no
te basta lo que has mirado?
¡Celos póstumos!... ¡Qué horror!
¿Pues qué, los hombres ligeros
que se burlan del dolor,
atrevidos bullangueros,
alegres, de buen humor,

porque á todo nos reimos
y porque nos divertimos,
acaso tú pensarás
que no amamos y sufrimos
como todos los demás?
Nosotros, siempre burlones;
vosotros, sentimentales
del amor, ¿por qué razones
no vamos á ser iguales
para sentir las pasiones?
¿Por ventura pensarás
que vosotros quereis más,
porque no sabeis sufrir,
y amenazais con morir,
aunque no os matais jamás?
¡Suicidarse por amor!
¡Morir!... ¡Como si eso diera
eterno fin al dolor!
¡Como si matarse fuera
una prueba de valor!
¡No! Los que nos divertimos,
los que, alegres, nos reímos,
nosotros hacemos más,
porque amamos y vivimos,
¡y sufrimos además!
Ya que lo quieres así,
¡me escribió... me escribió!... ¡Sí!
¿Tienes celos de la muerte?
(Sacando otra carta y dándosela á Melchor.)
Pues lee esta carta... ¡Aquí
la tienes! No... ¡Lee fuerte!

MEL. (Lee.)
«Arturo, muero; pero antes quiero
de mi silencio la explicación
darte un instante, porque me muero
y necesito de tu perdón.
Sé que has sufrido, que me has amado,
que todavía me amas quizá.
Tu sacrificio se ha consumado.
Gracias, Arturo: Dios te las da.
Ven, y en mi tumba deja la huella
que un muerto pide por compasión.
Unas violetas coloca en ella,
unas violetas, como perdón.

Igual que aquellas que de mañana
te di cien veces sin vacilar,
cuando las flores de mi ventana
tú me ayudabas siempre á regar.»
(Interrumpiendo la lectura.)
¡Ah, ya! Las flores de las macetas
que allá en su tumba siempre miré,
eran, Arturo, tus violetas.

ART. (Tristemente.)
¡Mis violetas!

MEL. ¡Perdóname!
(En este instante aparece Rosa, sentándose al piano después de mirar por la ventana.)

ART. Te ha amado mucho, ¿sabes?... Te ha amado
y yo he sufrido también.
(Rosa toca la Marcha Real.)
¡Oh, Dios!

MEL. ¿Oyes? ¡Es ella!... ¡Nos ha escuchado!

ART. ¡Es que te llama! ¡Nos ha llamado!
(Dirigiéndose gravemente hacia la puerta.)
Juntos podemos ir ya los dos.

ROSA (Dirigiendo la vista hacia la ventana, pero sin levantarse del piano.)
¡Tarda!... ¿Habrá oído?... Sí... por supuesto,
porque el acorde...
(Yendo rápidamente hacia la ventana con alegría.)
Me oyó el bribón.
¡Cuánto me quiere!... ¡Jesús, qué gesto!
¿Qué?... ¡Me da celos!... Tiene razón.
Debo á su pecho volver la calma,
porque es tan bueno... (Transición.)
Pero, ¿y Manuel?
(Duda; por último hace un gesto significativo, y hablando con la mano al mismo tiempo que con la boca, dice reposadamente.)
Cree que te quiero con toda el alma.
(Al público y con mucha decisión.)
Sí... ¡Seré suya! ¡Y amante!... ¡Y fiel!
(Vuelve á usar cómicamente del lenguaje de los dedos.)

TELON

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los libreros ó agentes.